



**NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN BLANCA,
PATRONA DE LA CIUDAD DE VITORIA
Homilía del Nuncio Pontificio en España,
Excmo y Rvdmo. Mons. Bernardito Auza
en las I Vísperas, 4 de agosto de 2024**

Agradeciendo la cordial invitación que me ha hecho el Sr. Obispo, signo de comunión con el Santo Padre Francisco, a quien tengo el honor de representar en España, me uno con sumo gozo a vuestras sentidas expresiones de amor filial a la Santísima Virgen María, “La Virgen Blanca”, Patrona de Vitoria. Y cumplo el encargo del Santo Padre que, con ocasión de su fiesta, os imparte con todo afecto su Bendición Apostólica. En su nombre saludo también a toda la Diócesis y a la ciudad de Vitoria, a las Excelentísimas autoridades que dignamente la sirven, y ahora se suman a todo el pueblo que expresa su vínculo de afecto a la Virgen y de fe en su Hijo.

La celebración de la celestial Patrona de Vitoria invita a mirar, de manera especial, a María y nos hace conscientes de la misión que cada uno desempeña en la vida. Como cristianos, el sentido de nuestra vida está en la fe, es decir, en la Persona de Jesucristo, en el Hijo de María. Desde el inicio de su pontificado, el Papa Francisco nos lo viene recordando “estamos convencidos ante Él de que es el único Dios, el Dios de nuestra vida, de nuestra historia. Y esto tiene una consecuencia en nuestra vida: despojarnos de la ambición, el gusto del éxito, el poner en el centro a uno

mismo, la tendencia a estar por encima de los otros, la pretensión de ser los únicos amos de nuestra vida". (Homilía 15/4/13).

En la lectura breve de estas Vísperas, San Pablo nos habla de la finalidad que tiene el misterio de la encarnación: "Envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción" (Gal 4,5). Estas palabras del Apóstol nos descubren a qué se debe el arraigo profundo y la fuerza ejercida por María. Así lo experimentaron vuestros antepasados y así lo experimentáis también vosotros. Ella atrae los corazones de todos los cristianos por ser la Madre de Dios. Para esto fue preparada, desde toda la eternidad, por ser Madre de Dios. La Trinidad Santísima la eligió, es la Hija predilecta del Padre, la Madre del Hijo eterno, y el sagrario del Espíritu Santo.

Por su SI, por su "Fiat", Dios levantó a nuestra humilde condición humana derramando las riquezas de su gracia. Ella, con su SI, es el puente que ha traído a Dios a los hombres y ha llevado a los hombres a Dios. Por eso, María es el modelo, la horma, el molde que nos da la forma de Cristo, que hace que su Hijo se plasme en nuestros corazones. Por esto María, con la luz de su blancura, nos atrae en todo tiempo y lugar.

Qué importante y trascendente es el SI de María. Ese SI es expresión de su fe incondicional. Ella es la mujer de fe. Su historia es la historia de la fe que en crecimiento ha de iluminar a cada uno de nosotros. En las oscuridades y los sufrimientos de cada día, se trasluce el amor de Dios que está siempre con nosotros.

Uno de los actos más bellos y significativos en la devoción popular de Vitoria está en la procesión del Rosario de los Faroles. Entre los faroles de vidrio resalta la gran Cruz y las columnas de la fe, representando la firmeza de la fe que debe pregonar el creyente. En ella destacó María, que, por fe, recibió el anuncio del Ángel, obedeciendo al Señor y creyó que dos cosas podrían darse unidas: la maternidad y la virginidad, "porque para Dios nada hay imposible" (Lc 2, 37).

Por fe, vivió su vida junto a José compartiendo la tarea de servir a Jesús. Por fe profundizó en su humildad y devolvió a su Señor los dones recibidos con el canto del magnificat. Por fe vivió oculta con su Hijo, invadida de la

inseguridad de la vida de su Niño y las zozobras de Egipto. Por fe, llamó a la misericordia del corazón de su Hijo por las necesidades de unos novios en apuros, y, en aquella ocasión, quedó claro que por la fe de María "Jesús dio principio a sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de los discípulos en El" (Jn 4, 11). Por fe, María deseaba escuchar a su Jesús entre los discípulos y por su fe fue alabada por su propio Hijo.

Por fe tuvo valor a encontrarse entre una masa que, a voces, pedía la condena de su propio Hijo y de seguirle hasta el calvario. Por su fe, ofreció al Padre en la cruz la vida de su Hijo que se ofrecía por nuestra salvación y así, precisamente por su fe, y de una manera más excelente que en el caso de Abraham, "nos hizo renacer a nosotros para Dios sufriendo al pie de la cruz inmensamente los dolores que no había experimentado al dar a luz a su Hijo" (Prefacio 12 de Ntra. Señora. Apéndice del Misal Romano).

Por fe, Ella estaba más firme que Abrahán en la seguridad de que el Padre le devolvería vivo al Hijo de sus entrañas, y después, se unió y esperó con el Colegio Apostólico, y los demás discípulos, la llegada del Espíritu Santo, que Ella, no deja nunca de impetrar por nosotros.

Amar de verdad a la Virgen Blanca, supone, facilita e implica tener a Dios en el centro de la vida con la práctica de la oración y el esfuerzo gozoso de mantenernos en la gracia apartándonos de todo pecado. Supone el deseo de imitar sus virtudes, de tener en cuenta a nuestros hermanos, que son también sus hijos, de acudir a remediar en cuanto podemos con el socorro de nuestra caridad.

Que esta fiesta que nos reúne entorno a la Madre, sea ocasión para renovar el compromiso cristiano en medio de un mundo herido por múltiples afanes que apagan el ardor de la fe dejando el corazón helado en el desamor y en la falta de verdadera esperanza. Ofreced en vuestros ambientes el testimonio de una vida donde verdaderamente reina María. María nos trae el consuelo. Trae del cielo el don de la paz para el alma y para nuestra convivencia, hace presente el Reino de Dios entre nosotros.

Por ello, pido al Señor por intercesión de su Madre que aumente la fe de todos los fieles de Vitoria. Tengo un particular recuerdo por las familias de la diócesis y de cuantos sufren. Asimismo, encomiendo a los seres

queridos que celebraron otros años esta misma fiesta en honor de la Bienaventurada Virgen María y ya han pasado de este mundo. Que ellos, que os legaron el amor a la Virgen Blanca entre lo máspreciado, estén ya gozando con Ella en el cielo. Seguros siempre de la protección y amparo de Nuestra Señora, no cejéis en el empeño de agradarla cada vez más en vuestra vida observando su consejo: "Todo cuanto Él os diga, hacedlo" (Jn 4,5), pues estamos convencidos de que Él es el único Dios, el Dios de nuestra vida y de nuestra historia. Con Jesús y María salimos siempre adelante. Que así sea.